

Poética y basura

La niña del almanaque

Santiago Martín Bermúdez

La niña del almanaque

de
José Luis Miranda

VII Premio de
"Teatro Enrique Llovet"

Edita:
Excelentísima
Diputación de Málaga,
1998



Llega un momento en que hasta la poesía se convierte en el mal. Para eso, acaso la poesía haya tenido que pasar por los basureros, los desagües y la miseria. La miseria moral, que es la más corruptora, aunque sea la más llevadera. La poesía se puede convertir en mal cuando nos asomamos al abismo y éste nos fascina.

Antonio Salas, sesentón y policía jubilado, es poeta y no lo sabe. Si no fuera poeta, no diría lo que dice sobre el cuerpo de una mujer que no es sino una fotografía de tamaño natural, y no haría comparaciones cosmológicas. Y, si lo supiera, habría enhebrado sus sentencias (esos lapidarios aforismos de todo el teatro Miranda, una marca de fábrica que no es sino sabiduría de la gente corriente hecha palabra exacta) y habría dado quién sabe si versos. Pero si no hubiera transitado los desagües, no tendría ese veneno que pudre las conciencias.

El sueño de los monstruos produce más monstruos todavía. Salas sueña. Pero ni el alcohol ni ese soñar le permiten el olvido, que él tiene guardado en forma de comprometedores documentos. También sueña esa pareja de eunucos que regenta el local que frecuenta Salas. Y ellos producen el monstruo que chocará con el del protagonista, y del conflicto de ambos saldrá la chispa de la catástrofe. Se requiere una víctima propiciatoria, y esa víctima es Laura. Laura es la frescura, la juventud, pero a pesar de su edad es también el desengaño. Morirá porque los inocentes perversos y tontos están para eso. Morirá porque un crimen antiguo requiere siempre la renovación del crimen. Morirá por fantasmas que no son los suyos, por ambiciones que nunca ha sentido, por crímenes de los que no tiene ni noticia. Morirá por delegación, pero morirá ella. Tiene varias gracias, como su innegable belleza, su atractivo,

su palmito. Pero no posee la gracia, sino al contrario.

Ahora bien, después de caer el último telón, ¿qué será de ese hombre envenenado que, como tantos, se ha fijado más en lo perverso que en lo indefenso, y ha dado muerte a otra mujer, como se viene haciendo desde siglos? Ya no habrá espejos para Salas, porque en el infierno no hay espejos.

Miranda finge una trama negra, policial. Y, como siempre, saca de lo cotidiano y de lo vulgar un héroe asomado al abismo. Salas no es un fracasado. Para fracasar hay que intentar conseguir, llegar, ser. Y Salas no fue nunca nada. Salas es de una grandeza trágica que se niega a ser grande y opta por la pequeñez, como podía haber optado por seguir su destino; al final, lo traiciona, mucho más de lo que Laura le ha traicionado a él. Todo es pequeño en la perspectiva de ese final, pero la atmósfera trágica ha dibujado una trama en la que hay altura y, por ello, abismo. La sordidez se convierte aquí en la tinta con la que el destino trágico escribe sus historias.

Por instinto, Miranda elude el costumbrismo, y eso que él, a veces, considera necesario defender algo parecido al costumbrismo. Miranda es sobre todo un artista. Y a los artistas hay que valorarlos por sus obras de arte, no por sus opiniones. Las obras de arte pueden surgir de fantasmas toscos (aquí, la visión de una figura femenina cuya desnudez turba), pero el artista sabe convertirlos en otra cosa a través de una dramaturgia impecable e implacable, justa, redonda. Una lección para todos nosotros, dramaturgos, pero yo diría que especialmente para quienes, por falta de perspectiva y de formación, no saben todavía que muchas cosas ya están escritas hace mucho tiempo. En cambio, *La niña del almanaque* no la había escrito nadie antes de Miranda. ■